

Jaime Arnal: «José María Subirachs, escultor», *Revista Europa de Actualidades, Artes y Letras*, septiembre de 1962, p. 16-17

José María Subirachs, escultor, nace en Barcelona el día 11 de marzo de 1927. «Nueve meses antes había fallecido el arquitecto Gaudí», comenta el propio Subirachs. En su casa no existe ningún precedente plástico. Él es el primero en llevar el patronímico a la Fama. No obstante, su padre, productor textil de la barriada de Pueblo Nuevo, siente un imperioso deseo de que el hijo sea artista, cosa que consigue pero no sin gran desasosiego de su parte. El artista, que es el hijo, es para él incomprensible. Había imaginado un artista a lo Leonardo, a lo Miguel Ángel, pero no a lo abstracto. El hecho se había consumado, no obstante, al cabo.

II

Antes de ser escultor tuvo que ser muchas cosas. Anotemos algunas. Aprendiz decorador, retocador en un taller de imágenes de Olot, mecánico, dependiente de anticuario, oficinista. Este fue el camino de aprendizaje en la vida. Tan sólo tiene catorce años cuando ha de empezar a trabajar y su primer salario es del orden de las siete pesetas semanales. Así se comprende que no pueda seguir otros estudios que los de la Escuela primaria y no pueda alcanzar los de arquitectura que era, en realidad, su sueño.

Pero Subirachs se siente orgulloso de todos sus humildes oficios, porque cada uno de ellos le ha enseñado un camino a seguir y le ha servido mucho más, para hacer escultura, que Bellas Artes. Aquí hubiese aprendido, ciertamente, una escultura académica, pero sin interés y Subirachs no cree en el artista químicamente puro.

III

Subirachs pierde la infancia como consecuencia de nuestra guerra. Este es, a la vez, el primer recuerdo claro. Desigualdades de clases, realidades desagradables, propaganda demagógica determinan la liquidación de una etapa en su vida. Se abre la puerta de la vida.

IV

Las primeras lecturas coinciden con el final de la guerra. *Rojo y negro* es una de las que más impresión le causó. Subirachs no puede asegurar que, en actual revisión de la obra, sintiera el mismo interés. Pero el adolescente se siente atraído y subyugado.

El maestro Eugenio D'Ors le proporcionaría grandes lecturas con *La ben plantada* y *Gualba la de les mil veus*, coincidentes con su primera época mediterraneista del taller de Casanovas.

Poco a poco va perdiendo el hábito de la lectura, porque le supone una autentica fatiga física. No obstante, antes de la ruptura, no total en ningún momento como puede comprenderse, Subirachs ha de hallar un sustituto. En su vida aparece un nuevo arte: el cine.

V

De la misma manera que D'Ors coincide en una etapa, ahora será un hombre genial de cine, el que señalará nuevos horizontes. Es Orson Welles el monstruo, el expresionista. El hombre que exige, por la intensidad de sus películas, que sean vistas todas las suyas varias veces. La aparición de Orson Welles se superpone con el paso del mediterráneo al expresionismo. Cree en el maestro porque le interesa un cine cerebral, sin concesiones ni paños calientes.

Subirachs no creía en el cine hasta que de pronto se percató de que es un arte como otro cualquiera y con la enorme, tremenda ventaja de ser más actual. Hasta tal extremo llega su convicción que asegura que, después del suyo, es el que más le interesa y el que más le gustaría practicar.

Películas que anotamos en su bloc: *Opera omnia*, de Orson Welles; *Dolce vita*, *Acorazado Potemkin*, *Juana de Arco*, (versión de Dreyer), *Hiroshima, mon amour*.

¿Y Charlot? No le interesa por ser el polo opuesto a Orson Welles. Una prueba. Orson Welles cedió un argumento, para su realización, a Chaplin: *Monsieur Verdoux*.

VI

A los catorce años empezó a ver la escultura. Sus dibujos adquieren proporciones volumétricas. Influido por la lectura de Eugenio D'Ors se esfuerza por entrar a trabajar con Casanovas, cosa que logra fácilmente por carecer, el escultor, de ayudante. Pero el paso por el taller es breve. Sólo cinco meses. La muerte de Casanovas trunca los consejos de una sabiduría poco corriente en un artista. Casanovas era un hombre de un «seny» extraordinario, correcto, atacado por la trágica desconexión de su tiempo que quedó atrás, años largos. Es posible que le hubiese influido en demasía, pero Subirachs, a la muerte de su maestro, se dio cuenta que aquel mundo quedaba fuera de lugar y viró hacia el expresionismo y, en definitiva al abstracto.

Poco después, gracias a una beca del Cercle Maillol, se libera de sus trabajos extraescultóricos y se desplaza a París y a Bélgica en donde fija su residencia por dos años y contrae matrimonio con Cecilia, natural de Barcelona, y de la que ha tenido dos hijos.

VII

Subirachs no ha practicado ningún deporte. De todas las actividades del hombre es la que menos le interesa. Para él existe una gradación de hombres: el primer lugar lo ocupan aquellos que se destacan por su obra, es decir en los que tiene más importancia el resultado que el hacer (importa el resultado de la Gioconda, no la forma en que se hizo). En el grado inferior de la escala se sitúa el deportista que resaltando la parte física del hombre, sólo se interesa por el hacer y no por el resultado. El hombre se diferencia de la bestia por el espíritu.

VIII

Problema largamente debatido. Para Subirachs la belleza no tiene nada que ver con la obra de arte. El fin de ésta es el estilo y la maestra es aquella que logra plenamente el estilo. Por ello no le interesa ni la obra del niño ni la del aficionado, porque hacen lo que sienten, mientras que el artista hace lo que debe y con su personalidad define el arte. Y en los dibujos de los niños tampoco cree porque tienen únicamente sinceridad y no estilo. La dificultad radica en hacer arte a los treinta años.

IX

Subirachs es poco menos que un sedentario. Ha viajado poco. Conoce Francia, Países Bajos, Alemania, Suiza y le gustaría conocer el resto de Europa, pero no se siente atraído por la Luna (está convencido que no encontraría hombres) ni por el Lejano Oriente (él es demasiado europeo). Tampoco capta la grandeza de la naturaleza, por lo que se prefiere la ciudad.